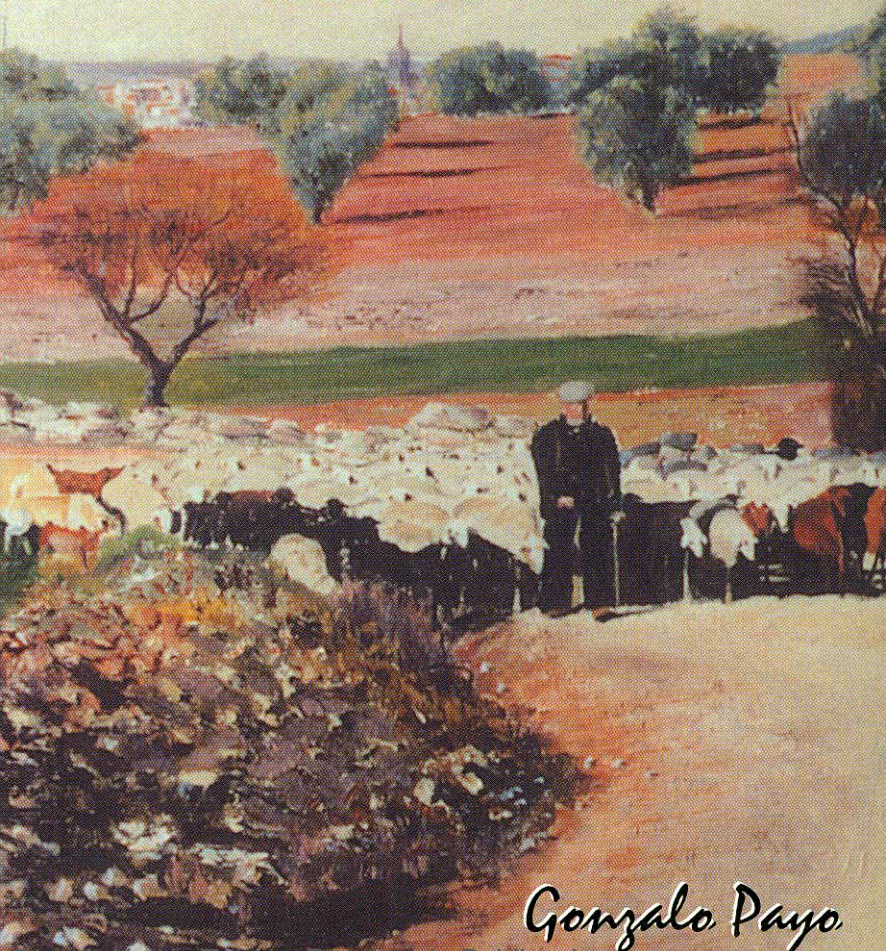


LA EDAD TEMPRANA

Un mundo rural en el olvido



Gonzalo Payo

LA EDAD TEMPRANA

Cubierta:

Depósito Legal: TO-651-2001.

ISBN: 84-87100-81-3.

Imprime: Imprenta Provincial.

Plaza de la Merced, 4. Toledo

GONZALO PAYO

LA EDAD TEMPRANA

DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE TOLEDO
TOLEDO 2001

«Sólo recuerdo de la edad temprana
que entre nieblas vislumbra la razón
que en mis primeros pasos por el mundo
la vida me enfrentó con el dolor...»

Marco Payo.
(1887-1979)

PRESENTACIÓN

RAZONES DE VIVIR

«Desde la casa al pueblo había un camino...», es este el primer verso del primer poema del libro que el lector tiene entre las manos. Todo un símbolo. Porque Gonzalo Payo, en la madurez de su vida, en la serenidad de su obra literaria (mantenida a pesar de sus quehaceres profesionales y aventuras políticas) ha hecho un punto de reposo y ha recorrido otro camino que no va de la casa al pueblo, sino de «La Edad Temprana», que es título y referencia, al momento presente. Nos habla de aquel entonces combinando las hermosas metáforas con el realismo de los vocablos en peligro de extinción y la aplicación exacta a la hora de describir funciones que han pasado ya a la historia y nada dicen a los jóvenes de hoy, pero que es bueno que aprendan mejor en los poemas que en los diccionarios.

Así, cuando la cuerna planea un adiós a la tarde, cuando en el cansino verdor crecen los chupones escasos y torcidos, cuando el horcate tira del asno al compás de los cangilones, cuando los carros resbalaban en las gorronas, cuando chirrían las puertas y pasan tantas cosas que se van quedando en la retina y en el recuerdo del niño; como esas otras hermosas palabras perdidas: la parva, los albañales, el acirate..., que habla de un dónde y un cuándo; y sobre todo no olvidemos que es un niño, un niño de pueblo el que

asoma a estas páginas. Pero con él no sólo va la estampa impagable de ese tiempo y ese espacio perdido, sino un mensaje para los hombres de hoy que está en consonancia con la obra de Payo.

Aquel niño del campo toledano de Pulgar, en la finca de «La Viña», donde son escondidos los viejos saberes del abuelo jubilado, y aprende lo que hace falta para, al llegar a los once años, poder empezar el bachillerato en los Maristas de Toledo, bachillerato en el que las Matrículas de Honor se repiten una y otra vez. Las circunstancias y los ejemplos de su padre y de su abuelo le llevaron por los caminos de las ciencias, a las Matemáticas y al Cuerpo de Ingenieros Geógrafos, sin dejar de lado a las letras, y de una amorosa manera especial a la poesía, amada desde siempre y de la que no se separaría ni aun en los días en que dirige el Observatorio de Toledo y ni en los otros en que es cabeza de la Comunidad recién nacida de Castilla-La Mancha.

Su currículum científico está lleno de artículos y confesiones sobre el Núcleo Terrestre, la Tectónica de Placas o la propagación de las Ondas Sísmicas, pero en las cuartillas de sus ratos libres florecen los poemas que irán congregándose en libros.

En el primero de estos libros suyos se recogen alientos juveniles que él califica de «Ensueños» (1952). Eran años de ilusión y de desafío, entre el primer empleo y las apetencias universitarias. Luego dejaría pasar más de veinte densos años (dirección del Observatorio Geográfico de Toledo como doctor ingeniero, presidente de la naciente Comunidad Autónoma de Castilla-La Mancha, Académico numerario de la de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo...) hasta la reaparición como poeta en «Debajo del Silencio», libro original y entrañable en el que se encuentran los versos de Gonzalo Payo con los de su padre Marco Payo, uno de cuyos últimos poemas está dedicado a su hijo en los días difíciles de Gonzalo, niño de guerra y de posguerra, que explican muchos sentimientos. Está editado en plena e ilusionada transición, en 1978, con prólogo de Francisco Umbral, que con

hermosa lexicografía geológica dice de aquellas páginas que son «pedernal de honestidad, meteorito de belleza ética, roca pura de Toledo». En estas páginas Gonzalo Payo ya juega con el tiempo, como luego vuelve a hacer con mayor hondura en este libro que está en las manos del lector.

Al cabo de los años se sitúa «Al caer de la tarde» (1992), que es cuando se nos examina de amor y cuando él se atreve a decir que es entonces cuando «podemos dialogar con la muerte sin avergonzarnos de ser frágiles y hablar de amor con la serenidad de sabernos inmortales».

Unos años después, en 1996, en una hermosa pero corta edición artesanal, Payo publica en la colección Ulises su «Paisaje interior», que es ya el precedente inmediato del libro de hoy, porque es un sosegado recuerdo que acaba siendo balance entre el ayer y el hoy. Termina el poeta diciendo:

*Siento como si abriera
el portón de la vida
y el alma se ahuyentara hasta el final del tiempo.*

Asomado a ese portón –que no puerta– es como escribe ahora «La Edad Temprana», para desde ella mandar mensajes de nostalgia, pero también de esperanza. Porque es verdad que aquel, aquella temprana edad, es un tiempo de risas infantiles en que se jugaba a no tomarse la vida en serio, y que esa risa es transparente y azul, aunque ya se ha rayado, se ha roto o se ha vuelto opaco el cristal del alero. Y que ya nadie escucha el crujir de sonoros pasos en los peldaños campesinos. Sin embargo, yo quiero ver en esos versos un amor a la vida presente que precisamente contempla sin renunciar al pasado ni queremos olvidarlo, sino al contrario, incorporarlo y convertirlo en el presente, porque ese pasado vive con nosotros; es más, esos ayeres somos nosotros mismos.

Y es que cuando ha recorrido buena parte del camino –«sin fin por ambos lados»– Gonzalo Payo ya sabe como ha sido su

vida, y sabe que buena parte de ella observando a la naturaleza, construyendo los cimientos de una nueva manera de hacer España, escribiendo y hablando, se apoya en esa temprana edad que evoca con amor y precisión en versos de tanta hondura como encanto, para compartir saberes y sabores. Versos, en definitiva, que son muestras de amor, de ese amor a los demás que, como dice en algún lugar, es lo que importa en esta vida.

Debería aquí poner punto final, y no sin antes pedir perdón por haberme alargado demasiado en lo que sólo debe ser póstico y saludo; pero pienso que no puedo hacerlo sin referirme a algo que une al autor y al prologuista además de las coincidencias de edad, paisaje y amistad. Me refiero al cordial afecto que Gonzalo tuvo hacia mi hermano Rafael, así mismo poeta, y al que le dedicó hermosos versos en la hora triste de su muerte. En alguno de aquellos versos adelantaba el testimonio que hoy nos llega de su «Edad Temprana». En otro, al hablar de mi hermano –«amigo del alma viejo amigo»–, termina invocando la amistad y la esperanza como razones de vivir. Desde la edad temprana a la presente, que no tardía.

Alejandro Fernández Pombo,
Presidente de la Asociación
de la Prensa de Madrid.

I

EL CAMINO

Desde la casa al pueblo había un camino
marrón y polvoriento,
sembrado de corderos y de urracas
y olor indefiniblemente ácido,
como una piel reseca de serpiente.
Subía y descendía suavemente
y se hacía tambor de cascos mal clavados
que dejaban en él sus herraduras.

El camino cortaba el arroyuelo
a brincos entre piedras
y después bordeaba la alameda
llena de trasgos e invisibles zarpas.
Por la noche el camino blanqueaba
y la luna pintaba su andadura
cruzando los barbechos casi negros.
Cuando sólo había estrellas
Júpiter daba vida a los terrones
y un espanto erizaba
la revuelta melena del potro sorprendido.

Volvían de la siega y el sendero
se hacía cuesta abajo en la querencia.
Y la cuerna plañía un adiós a la tarde.

El silencio volvía
y el último jilguero se posaba
en lo alto de un pincho.
La zumaya se abría en la penumbra
como un fantasma mas de aquellas horas
y la noche caía y borraba el sendero...

Desde el portal miraba la negrura
y me sentía a solas con mi vida
entonces al comienzo de un camino,
un camino sin fin por ambos lados,
que no sabes si viene
o pasa junto a ti sin conocerte.

II

LOS NIÑOS

La casa reunía un enjambre de niños
morenos y curtidos,
rubios de ojos azules,
siempre los pies descalzos,
niños como un adorno del paisaje,
miméticos y envueltos en el polvo
inmersos en el viento de la guerra,
goteados de un tiempo atormentado.

Niños trayendo vida en cada juego,
en cada risa abierta
en cada grito
en cada desollón de sus rodillas.
Hijos de los labriegos del entorno
de los guardas del campo y de las viñas,
hijos dejados en la casa aquella,
resguardo de la furia y de los odios.
Hijos lejanos de la herida abierta
de tanto padre ausente
de tanta madre triste,

niños en fin pegados a la tierra
como semillas del secano infértil.
Su mente se forjaba en la dureza
del azadón, la trilla y la vendimia
y una obediencia clara
y una libertad amplia
de riesgos asumidos,
sin reproches ni llantos,
como un cauce normal y cristalino
que iba a regar los surcos del futuro.

Flotaba la ignorancia de los textos
en un mar de vivencias cotidianas
que llenaban el alma de cordura
y de amor responsable
para emprender la senda de los años.

La tierra era juguete
y la madera, el fuego y la alegría
las armas de la forja de su temple.
Niños fuertes y adultos siendo niños,
hermanados sin rangos ni distancias,
unidos en la tierra y la sonrisa
y en el útil afán de ser precisos
para lograr un fin no presentido
pero grabado a fuego en su esperanza.

III

EL ÁRBOL SECO

En aquellos secanos amarillos
de parda soledad y estío ardiente
el árbol seco destacaba hirsuto
como una mata más del horizonte.
Algunos conservaban la arrogancia
del manzano que fue de pompa fresca
o la altivez del álamo frondoso
o la dureza oscura de la muerte
del almendro rebelde del lindazo.

Algún frutal moría
al borde de la acequia de la huerta
un año de imprevista solanera.
Sólo el pino jamás se arrodillaba
ante la lluvia escasa del invierno.

Los pájaros que amaban transparencias
siempre estaban ahí, en su atalaya,
atentos a la abeja descuidada
y a la hormiga viajera del verano,

mostrando en la pirueta de la caza
el cotidiano circo de la vida.
No era fácil hacer leña en pedazos
de aquellos esqueletos blanquecinos
y quedaban ahí de referencia
a siglos de besanas y barbechos
y a caminos de polvo que sin sombra
parecían eternos peregrinos.

Algunos rebrotaban desde abajo
con cansino verdor
como sin gana...
y una mata de malvas
y una grama rebelde protegían
los chupones escasos y torcidos.
Un nido de perdiz tal vez dormía
en aquel amasijo de verdura
esperando brotar en primavera
para dar testimonio de armonía...

Cuántas veces miraba el árbol seco
con deseos de verle verdecido
y con flores abiertas y olorosas.
Pero nunca brotaban
y su noche era eterna
como la muda soledad del viento
que se lleva la vida poco a poco.

IV

LA HUERTA

Había en aquella huerta algo de trascendente
que mitigaba el hambre
y nos daba energía tan sólo al contemplarla.
Su cuadro regular, su geometría,
daba esperanza al caos desordenado
de la historia cercana.
Su mosaico invadido de ocres y de verdes
se tumbaba en los suaves surcos para beber el agua,
y el amor de unas manos como sarmientos secos
convertía en laberintos sus ríos de juguete.
Iba y venía el agua despaciosa y callada
llenando aquellos valles sedientos desde siempre.
Engrosando rizomas y recreciendo habillos
la vida renacía
y el maná de unas matas que enredaban el aire
caía generoso en la huerta temprana.
Mis pies se refrescaban en la reguera clara
y el manzano me aupaba al sol del paraíso.
Mi abuelo se sentaba leyendo bajo el pino
y el asno recorría el sendero infinito
de la noria redonda.

El silbo cadencioso de una esquiva oropéndola
se colgaba en el aire de la vieja llanura.

Sólo se oía el ángel y el rumor de sus alas
huyendo de la guerra
de aquella larga guerra
que tronaba a lo lejos.

Todo el huerto era paz
la paz serena que nos da el cansancio
y el sol brillante de la siesta eterna.
Y el hambre de los niños se saciaba
en el rojo tomate que traía
aromas de salitre y esperanza.

V

LAS VIÑAS

Te asomabas al cerro y allí estaba
ese ancho mar de viñas,
con el único verde luminoso
de aquella parda tierra.
Era la luz del llano desde el monte
al olivar antiguo del testero.
Las satinadas hojas de garnacha
escondían racimos apretados
llenos de zumo fresco
que el sol enrojecía lentamente.
Y llegado Septiembre
las seras se llenaban y su esparto
se aromaba de olores indecisos.
La bulla y el esfuerzo se fundían
en una alegre procesión de espuertas,
y el carro rebosaba,
chirriando sus ejes siempre viejos.

En otoño quedaba el campo solo
y las viñas marchitas y amarillas

otra vez se integraban
en el ocre pintado del barbecho.
Algún pastor cruzaba los caminos
y un perro se perdía entre las cepas
tras un matacán joven.

Toda una larga historia
de besanas y podas y vendimias
para alcanzar el mágico remedio
que calentaba el alma y la tristeza,
rojo como la sangre y trasparente
como un anochecer de primavera.
Este mar de los llanos de mi tierra
aún refluye con cálido oleaje
pero apenas hay gente que lo viva
y mime cepa a cepa sus burbujas.
Un ruido de motores ha irrumpido
en tanta soledad acompañada
y el viento ha ventilado de nostalgia
aquella irreplicable ceremonia.

VI

LA TORRE DE LA IGLESIA

Vertical se dibuja en la llanura,
las casas se diluyen
bajo la altiva torre
y el pueblo se hace línea de un horizonte claro.
Al fondo está la sierra
y en colores violeta se funden los rastrojos
con un cielo imperfecto de nubes casi blancas.
Desde la casa el pueblo es sólo iglesia
con su carga de siglos medievales.
La torre es el reloj de los labriegos
que descubren la sombra de las doce.
Una cigüeña sobrevuela el campo
adivinando el rumbo de su nido
como las almas blancas que nos dejan.

De repente un clamor, aislado y triste,
sacude la llanura. Y después otro,
y así una larga y lenta despedida
a un alma que se va.

Rueda la campanada por el valle
y rebota en la loma de las viñas
y me hiela el aliento unos segundos
y se pierde entre olivos milenarios.

Mientras se ve la torre se está en casa
arropado de amor y cercanía
y el camino es el mismo
que nos lleva al calor de nuestra gente.
Al trasponer la loma de la encina
el pueblo no se ve
y la torre ha dejado de ser faro
de aquel mar de barbechos y viñas.
Sin la torre no hay nada que articule
la anárquica amargura del secano,
ni siquiera los pájaros se orientan
en su vuelo cansino y displicente.
La torre es como el centro de esta tierra
alrededor del cual gira la vida
y en su aguja se enhebran los deseos
de esta perpetua espera castellana.

VII

LA NORIA

El sol derrite inviernos en vertical fogata
y la sombra del chopo se ennegrece imprecisa.
Un sorbo en la reguera que sabe a madresevas
y un silencio lejano de siesta luminosa.
Y girando la noria.

El asno ciego y mudo se duele en los hijares
al tirón del horcate que hiende su energía.
El balancín chirría y los cascos arañan
un polvo repetido que se integra en el aire.

Sube el agua del fondo y se vuelca sin ganas
de un cangilón a otro lentamente cayendo,
y la artesa la lleva brincando hacia la alberca,
fría como la noche y dulce como el suave
perfume de las raras entrañas de la tierra.

Sentado en el granito de la tosca hendidura
abierta la camisa,
goteando mi frente
lágrimas de alegría por fundirme en la sombra

me sumerjo de bruces en el chorro que fluye
y se lavan mis penas sin abrir todavía.

Una hoja de caña convertida en velero
lleva mis ilusiones camino del espacio
y una brizna de hierba que me sabe a tomillo
alimenta mis sueños
y aroma mi esperanza
que enfila la llanura monótona del cielo.

VIII

EL ARENAL

Había un arenal en el camino
que atascaba los carros
hartos de resbalar en las gorronas
y trepidar en los sonoros baches.
Los santos revolaban con los dioses
al aire de los gritos y chasquidos
y un estruendo verbal enardecía
la infinita potencia de las mulas...
y el carro proseguía.

El arenal aquel tenía oculto
un sueño de marisma presentida
y los niños tumbados en su playa
ignoraban el agua del secano.
Y hacían diques en la arena blanca
imaginando ríos caudalosos
y pozos que a dos cuartas
traían en las uñas humedades.
Alguna mano niña
en la siesta serena y armoniosa

sintió por vez primera
el contacto de pieles no curtidas
tan lejos todavía del pecado
como el sol que asomaba entre las nubes.

Todo podía hacerse
en aquel arenal de tierra seca
reír, jugar y amar al mismo tiempo...
La pared del camino conducía
el agua de las lluvias invernales
a aquel rincón oculto del recodo
y dejaba la arena de testigo,
como si no quisiera
que esta inhóspita tierra castellana
careciera de un mar donde los niños
navegaran su inmensa fantasía.

IX

LA MADRUGADA

Eran las cinco, apenas las pisadas
penetraban en el sopor profundo de la noche.

Chirriaba una puerta
y un rebullir de cascotes en la cuadra
y un resoplar de alientos contenidos
empujaban el día.

Orión brillaba aún como una joya
engarzada en la noche
y Venus anunciaba resplandores
de luz apenas blanca.

La fría madrugada, con su aurora amarilla
se iba desperezando tras la loma,
y un tordo en el tejado
daba el primer silbido solitario.

Sacar, sembrar o recoger sarmientos
la tenue luz del día
siempre en el horizonte de la lucha,
con su fusta de luz y de esperanza.

Aquella madrugada blanquecina
despertaba el aroma de la vida
reventaba las flores
y pintaba de azules la falda de la sierra.

Cuando el sol asomaba
al fin tras la difusa lejanía,
se rompía el misterio que sobrecoge al Hombre
en su oscuro paréntesis nocturno.
Y con el sol se abría el espejismo
de nuestra eternidad imaginada,
de nuestro permanente encantamiento
amando el rebrotar de la esperanza
en cada nuevo día que despierta.

X

LA SIEGA

Geometría, equilibrio y armonía.
En la mancha amarilla se dibuja
la vanguardia encorvada que se adentra
en el oro del bosque immaculado.
El sudor y el aliento
y el polvillo del alma de la espiga
flotan en la canícula de Agosto.
A un palmo de la tierra las hoces arrebatan
un puñado de secas maravillas
con música de roces y jadeos.
Nadie se queda atrás,
es la máquina humana la que avanza
con paso corto y firme
en el coloso esfuerzo de una rival contienda.

Y van quedando en la llanura blanca
los haces amarillos
goteados del cielo de una lucha
con la naturaleza en rebeldía.

Y el hato de una sombra improvisada
a la espera de un alto inverosímil,
apenas un aliento contenido
de una jornada de infinitas horas.
Un cansado silencio
se quiebra en un erguirse
y rompe una sonrisa...
y un taco extemporáneo contra nadie
se estrella en las espigas inocentes.

Y al fin el horizonte va engullendo
un sol casi aburrido del verano
y un muchacho se acerca con el agua
en este mar sin agua de mi tierra.

Y a lo lejos la cuerna se regresa
como un clarín que cierra la batalla.
Y la paz se derrama en la llanura
y en la noche la espiga de la torre
acoge la cuadrilla
hasta la nueva aurora.
La arqueología del pan está aflorando
en las manos del hombre,
que descubre
el precio de vivir cada mañana.

XI

LA ERA

Pirámides de paja
que el leve viento riza,
montaña de oro limpio, abrigado
por la pala que aventaba su frescura.
Y en el centro la parva hecha fogata
de cascos sudorosos,
y un trillo que destroza las espigas
y un renacer de vida en sus entrañas.

Vueltas y vueltas en cansina lucha
de un vivir milenario y repetido,
pareja desigual tirando a un tiempo
del árbol de la historia
y el pan hecho semilla se aparece
en el grano de trigo immaculado.

Un hombre con un niño tumbado en la madera
restalla dulcemente la tralla del esfuerzo
y gira el trillo alegre al borde de las piedras.
La nube de vencejos chirría con asombro
y penetra en el aire vertiginosamente.

El olor de la paja polvorienta y ardiente
nos llena de verano
hasta el último tramo del alma de la tierra.

Un no sé que de vida
reflota en cada vuelta redonda de la parva
y alegre renovando la fe para otro invierno.

Y la tarde enrojece y el cansancio culmina
y el agua de la sombra bautiza la esperanza
y el niño se sonríe
y salta jubiloso entre las pajas rotas.
Y el gañán se recoge.
Y otro día de trilla alienta el optimismo
de ese trozo de historia tan vieja y tan reciente.

XII

EL ACIRATE

Espesura selvática de hierbas
prado multicolor de flores y semillas,
palacio de nerviosas mariposas,
laberinto de hormigas alocadas.
El acirate estéril
serpentea en el borde de la viña.
La explosión de la vida le ennoblece
y un mundo diminuto dimensiona
la prepotente levedad del hombre.

De trecho en trecho el risco emerge solo,
sitiado por carrascos y retamas,
testigos de la vieja prehistoria
del encinar de medieval recuerdo.
Un almendro de edad indefinida
acoge a un alcaudón desafiante
y una liebre se funde entre la hierba
con su mirada insomne y espantada.

El acirate esconde en su maleza
lo que la vida fue antes del hombre,

antes de que el arado regulase
la tierra de labor
y la peinase para servir la mesa.

Tumbado en el erial cuento las hojas
de una flor encendida de colores
y una abeja libando enfebrecida
se extraña de mi insólita presencia.
Corre el aire cortando los aromas
de una amarilleante primavera.
El sol derrite el ámbar del almendro
que cobija mi frente sudorosa
y un sueño de serena paz me invade
recostado en la hierba.
Se acerca el mediodía
y yo dejo el bardazo lentamente
con su mundo secreto y populoso
que nadie ha perturbado en muchos siglos.

XIII

LA SIESTA

La duermevela filtra
el rumor de la siesta,
y se oyen perezosos los pasos de algún perro
cambiándose de sombra,
y el cansino piar de un gorrión aburrido
colgado del alero. Apenas se percibe
la algarabía lejana de los tordos silbando
en los frondosos álamos del huerto.
El crujir del calor en las tejas del porche,
el portazo de un niño que no encuentra sosiego
y el áspero y monótono cantar de la cigarra...
nada rompe el silencio.
La siesta como un horno de gravedad celeste
no deja que se escapen los átomos del aire
y atrapa los murmullos
en el negro agujero del verano.

Un niño lee tebeos tumbado en el cemento
de la cocina vieja,
y otro un libro de cuentos de Grimm de tapas rotas

y un tercero se pierde entre las cepas verdes
buscando hormigas de ala para cebar ballestas.
El cielo no es azul
tiene tintes violeta con flecos amarillos
que borran el paisaje
y dejan con su fuego temblando el horizonte.

La siesta en el secano tiene una densa bruma
y un olor especial inacabado,
y una melancolía placentera
y una dulce alegría rebosante.
No es tiempo de morir, ni de perderse
en el dolor efímero
de saberse de paso en el camino.
La siesta es un paréntesis del tiempo
donde el alma dormita sin temores
y el cuerpo recupera su esperanza
y recobra el aliento
que tanta madrugada ha traicionado.

XIV

LA BODEGA

Los gigantes redondos de severa armonía
con su aliento de azufre,
impacientes aguardan el calor del milagro
de esa metamorfosis jamás esclarecida.
El ritmo de la pisa,
el violeta del mosto,
la atmósfera compacta de sudor y de esfuerzo,
el ácido flotante,
y el crepitar del chorro cayendo en el pocillo
y el quejido del carro con una nueva carga.
La bodega se llena poco a poco
–los niños estorbamos como siempre–
y un perro mordisquea un racimo en el suelo.
El sol se nubla, a ratos...

El mosto se ha mecido cada noche de otoño
y un vino rojo brilla al trasluz de la copa,
es un rojo de sangre trasparente y ligero
del que fluyen aromas de escondido perfume.
Un nacimiento extraño que siempre causa asombro...

La madre de las uvas ha caído
al fondo del enorme recipiente
y su espíritu joven
se integra en la alegría de la mesa.

Es un fruto prohibido que jamás me ofrecieron
en la espera infinita del mañana lejano
del niño que no alcanza su sueño de ser hombre.

La bodega está sola en la penumbra
de este siglo indeciso...
y los conos vacíos sin vapores ni aromas,
viviendo del recuerdo
de un lagar apretado de gañanes
que estrujaban las uvas y reían,
estrepitosamente, todo el día.

XV

LA CÁMARA

Aún retumba en el recuerdo vago
el sonido apagado de los pasos
y aquel ir y venir de los costales
hasta la alta techumbre de la cámara.
El tragaluz escaso
iluminaba el trigo amontonado
y su polvillo turbio impregnaba la casa
de un acre olor y de humedad perpetua.
La cebada y el trigo convivían
con todas las semillas del secano.
Y en el centro el jamón, dios de la noche,
colgaba bendecido
como un badajo altivo de esperanza.

Raspaba la quartilla en la madera
y sonaba el costal al engullirla
y el día iluminaba escasamente
un laberinto de muebles semirrotos
hechos juguetes de inefable vida.

Por la noche el silencio campesino
se llenaba de ruidos no explicados.
La cámara crujía
y el techo de madera goteaba
polvo de varios siglos.
Y el miedo se cernía en el espacio
como un negro rumor de pesadilla.

El torreón de noche abominable
era corrillo de escondite alegre
en el sereno pasmo de la siesta
y también el refugio
del sollozo dolido de algún niño.
Y hasta en la guerra un día fue cobijo
de cuerpos ateridos
en la indiscriminada cacería.

El cálido crujir de la madera
es todo historia ya. Y los sonoros pasos
en aquellos peldaños que ascendían
se han perdido en rincones campesinos
y nadie los escucha ni los teme.

XVI

EL CORRAL

Cárcel cuadrada de alambrada trama,
pared desvencijada siempre en ruinas,
caballeriza pobre y gallinero,
túnel gatuno lleno de albañales.

El arca de Noé de la labranza
lleno de leña y de utensilios rotos
el corral se inventaba cada día
un paraíso eterno de juguetes.
Era el montón de arena de las obras
la montaña de nieve inaccesible
y el largo tronco el balancín perfecto
de un peligro excitante y permanente.

No importaba la estrecha convivencia
con la mula y el asno de la noria
que dormitaban su mortal cansancio
triscando a nuestro lado.

La escasa sombra de la ruina morera
serenaba las horas de la siesta
y era en aquellas horas

cuando el libro cobraba su presencia
y con dificultad se abría paso
entre tanto vivir apasionado.

Castillo de misterios tenebrosos,
escondite de extrañas fantasías,
en la noche el corral quedaba solo
con el silencio azul de los secanos.

Sólo velaba el perro y su ladrido
buscando un eco largo y compañero
en tanta soledad enmudecida.

Y sonaban los cascos en la cuadra
y un hondo resoplido confortable
y el imperioso grito de la noche
rasgando con sus alas el silencio...

Y así hasta la indecisa madrugada
cuando el corral de nuevo revivía
al estridente despertar del gallo
encaramado en el portón de piedra
como el dios mitológico del día.

XVII

EL REBAÑO

En el pardo paisaje una nube alfombrada
unas veces redonda
y otras oval como una lanza antigua.
El rebaño se mueve suavemente
acariciando el suelo con su pisar pausado
y dejando en el aire los cristalinos ecos
de un carrillón lejano.
Nadie allí es más que nadie
la humildad los enrasa en la llanura,
y el cielo ya no existe
ni en la mirada ni en el pensamiento.
Un perro ladrador marca la pauta
de una indisciplinada disciplina,
que afecta solamente a la estética
de una curva geometría.

Sentado en el cibanto berroqueño
sujetando el cayado a la barbilla,
la gorra en parabrisas –y el cigarro–
el pastor se hace esfinge del paisaje.

Su mirada no escucha,
y el rumor de la alondra le adormece
y en duermevela sueña con los pastos
que un día llegarán si llueve a tiempo.

La tarde cae al fin y el sol se pone
pintando de granate los barbechos,
y el camino se inunda de rebaños
que confluyen con ubres rebosantes
a la imperiosa voz de los hogares.

Su música se aleja y se adelgaza
y la torre se cubre con su polvo
y la noche se cierra.
Y un lucero despierta la armonía
de un universo atónito y extraño
que no sabe del hombre y de su lucha
por encontrar sentido a sus afanes.

XVIII

LA TERTULIA

Y caía la tarde
y el verano dejaba atrás Agosto
con sus brumas de fuego.
Y el portal se llenaba lentamente
de fieles contertulios convocados
en torno de un cigarro inevitable.
Acudían los guardas de las viñas
y gañanes de paso
que abrevaban las yuntas de camino
sujetando el tirón de la querencia.

Y allí estaban los niños
y el viejo patriarca
con su hondo bagaje de experiencia.
La tertulia giraba y ascendía
del suelo del trabajo
al fino firmamento del análisis
del hombre y sus problemas,
del hambre y de la lucha permanente,
de la broma y la risa confortante
al drama del dolor y de la pena.

Era el hombre tribal que revivía
en aquellos momentos de la tarde
al calor de saberse acompañados
de una vida común y compartida.

Savia joven y hombres ya maduros
comulgaban respetos y alegrías
engarzando la historia
de una misma andadura campesina.

Poco a poco la noche dispersaba
la tertulia espontánea
y el ritmo rutinario establecía
de nuevo los caminos diferentes.
El portal se quedaba en la penumbra
y algún niño jugaba con el perro
a ser hermanos de una misma vida.
Dentro sonaban voces de impaciencia
y algún chocar de platos en la mesa.
Y tras el pino grande se asomaba
una luna redonda y blanquecina
que imponía silencio.
Y el campo obedecía su mandato.

XIX

LA TORMENTA

El aguacero estalla con el timbal del trueno
la nube azul oscuro nos deja bajo el palio
de una penumbra densa.

Y unas enormes gotas se estrellan en las hojas
rompiendo el arco iris.

Las canales comienzan su concierto
de ríos desiguales.

El portal se ilumina
y un segundo después se rasga el cielo
sacando de la tumba el esqueleto
de nuestro mortal miedo de primate...

El verano se acaba.

Y la lluvia este año viene tarde.

Siempre llega a destiempo en esta tierra
el maná de la Biblia.

Y además esta nube
lleva en su entraña ruido de tambores,
confusos y profundos,
metralla de vendimias prematuras...

Pasa de largo al fin y precipita
su mortífera carga en otros pagos.
Y el agua corre ya por los chorreros
secos de siglos
y cubiertos de hierbas amarillas.

La tormenta escapó y el sol se asoma
buscando su perdida criatura
en este mar de incógnitas y miedos.

Un niño ajeno al cielo
chapotea en un charco su goce renovado
de saberse seguro frente a un cielo distinto.
A lo lejos se apagan los últimos rumores
de la vieja tormenta temida y esperada.
Vuelve la paz truncada,
y un reguero de hormigas saca el grano empapado
de su eterna despensa.
Y en la casa renace el trajín de la vida
y una extraña alegría fructifica en el alma
con la inmóvil calima del final del verano.

XX

EL AVIÓN CORREO

En aquella paz de silencios blancos
y sin otros rumores en el cielo
que no fuera un gorjeo de gorriones
o el trabalenguas de las golondrinas
o el afilado grito del vencejo,
irrupía roncando entre las nubes
el avión correo.

Qué enorme expectación verle cruzando
de norte a sur recto y majestuoso
con su tronar monótono y solemne.
Siempre a la misma hora,
cargado de esperanzas
para aquellos que sueñan día y noche.
Su presencia paraba los esfuerzos
y los juegos y el hacha de la leña
y los bueyes que araban aburridos
y el trajín de la casa.

Todo se detenía unos instantes
ante la maravilla de los cielos,

que como un estandarte de futuro
ondeaba entre nubes su bandera.
Se perdía enrasando el horizonte
y su rumor adelgazaba el aire
y el silencio volvía
a cubrir la canícula implacable.

Nunca quise saber a dónde iba
ni de dónde venía
aquel velero de las doce en punto.
Con él iban mis sueños
con él iban la ciencia y el progreso
con él iba la prisa y la impaciencia
por dejar la niñez siempre tan larga.
Y con él me iba yo
con mi mochila de esperar cansada,
con mis ojos abiertos al espacio,
con mis pies despegados de la tierra.
El avión se perdía lentamente
pero siempre volvía
a renovar la fe cada mañana.

XXI

LOS GUARDIAS

Venían a caballo por el camino viejo
verdeando entre olivos su uniforme
y con ellos un viento congelado
llegaba a penetrar hasta los huesos.
Los caballos sudaban
cansados del enorme recorrido
y un ácido temblor bañaba el aire
en cada resoplido del silencio.
Su voz sonaba suave
con una seriedad flageladora
y en la atalaya altiva de la silla
su silueta de mármol
los tornaba caudillos del paisaje.

Pocas palabras y lentos ademanes
la firma de rigor
y un adiós campanudo y educado.
Y los guardias volvían a su ronda
custodiando la historia
de aquellas serranías inocentes.

Su imponente figura se perdía
camino de la torre.
Y al trasponer el Cerro
un respiro de alivio
se adentraba hasta el fondo de mi pecho.

Por mi mente pasaban agolpadas
imágenes de miedos escuchados,
de furtivos cazados en la sierra,
de leñeros privados de su carga,
de ballestas quemadas en la lumbre
de palizas a jóvenes rebeldes.
Nunca supe encontrar en su mirada
al hijo del gañan emancipado,
al labriego escapado de la tierra,
al sencillo oficiante del respeto.

Sin embargo su imagen me atraía
por su estética rígida y solemne,
su planta de escultura legendaria
de serena armonía colorida
de guerreros centauros.
Y aquel miedo infantil inexplicable
dejaba mis sentidos
mucho tiempo abrumados
por el peso de un mundo que existía
al otro lado de aquel mundo mío.

XXII

EL FRÍO

El invierno colgaba del alero
flechas de hielo
que pendían ingravidas
como estrellas de luz de mil colores.
La tierra roja y parda, de hierro endurecido,
engarzaba las piedras del barbecho
como un glaciar insólito en la estepa.
El viento estremecía las ramas ateridas
y una oscura neblina borraba el horizonte.
Los suelos de la casa brillaban con el frío
a pesar del rumor de leños en la estufa
y las sábanas blancas al comenzar la noche
eran losas de mármol jamás adivinadas
bajo los pies desnudos.
El vaho de las palabras nos calentaba el aire
y nos daba la imagen de arcángeles perdidos
en el salón inmenso del comedor de invierno.

Sólo la lumbre roja con sus ascuas de paja
calentaba las manos en oración perpetua

y el vapor del cocido elevaba su aroma
a través del oscuro boquerón del tejado.
El frío destemplaba las voces de los niños
formando un amasijo con gruñidos de perro
en la lucha implacable
por mover los serijos hasta tocar las llamas.

El velón daba estampa medieval a aquel cuadro
de las noches de invierno
en la casa de campo.

Era entonces la hora del hombre y de la historia
y de todas las viejas hazañas de los héroes
y del mundo irreal de la mitología
y del lento asomarse al universo
y del saber inagotable y hondo
de aquellos patriarcas del secano...
Y poco a poco se ahuyentaba el frío
con el tenue calor del pensamiento
y el alma iba curtiendo su andadura
al rescoldo del fuego campesino.

XXIII

LA CAZA

El hambre despertaba con el día
en mi terruño aislado y dolorido
que navegaba el mar de los cuarenta.
Y al llegar el final de la mañana
se desataba irrefrenable y hosco
el instinto ancestral que ha conducido
al hombre cazador hasta el espacio.
Era una lucha igual
noble en las armas y justa en el ingenio
buscando en la maleza la liebre confundida
o imaginando trampas en el monte
o cansando a carrera las escasas perdices.

Todo sudor y astucia y recompensa
en el final del día,
y miedos y temores
de castigos llovidos de la fuerza
en un mundo emergente de la nada.
La caza entonces tenía la grandeza
del primitivo despertar del alma

al borde de los bosques olvidados.
Y la carne era fiesta
y el fuego era el vigor y el vino fuego
y la risa el valor y paz el sueño.

Aquella espera larga en la penumbra
aquel silencio en la cañada vieja
donde cada retama
se imaginaba, movida por la brisa,
como el botín ansiado de la noche.
Aquel cigarro último
de tanta frustración acumulada
aquel andar cansino hacia la casa
sin más trofeo que un colmo de paciencia...
La caza del secano en los cuarenta
conciliaba el vigor del animal oculto
con el ángel que vuela desde dentro
tirando del espíritu hacia el cielo.

XXIV

LA NIEVE

El cielo era uniforme como un lienzo de niebla
ni un rumor de tormenta, ni un ladrido.

Sólo silencio blanco.

Toda la noche transcurrió nevando,
suavemente cayendo,

acariciando el suelo, rojo y duro
de aquel áspero invierno.

Aún afloraban los sarmiento secos
pegados a la cepa tras la poda.

Los árboles escasos recogían
aquella novedad tan misteriosa
que pintaba de blanco su esqueleto.

Y los pozos sedientos revivían
con aquella esperanza casi ajena
que presagiaba primavera hermosa.

Desde el cristal veíamos la nieve
y un lúdico deseo irrefrenable
rompía todo un largo rosario de obediencias.

Y la nieve era un campo de batalla
y un jardín de mil flores
y una dulce pradera donde echarse
a rodar y a tumbarse cara al cielo...
Porque la nieve es blanca como el alma
nunca tuve temor en su presencia,
antes bien alegría y una euforia
como si la naturaleza renaciera
comenzando a vivir desde el principio.

Aquellas nieves de los viejos años
daban otro calor a la familia
en torno de la lumbre confortable
de troncos y de paja.
Allí estábamos todos los que eran
incluidos tres perros y dos gatos,
allí estaba el amor hecho presencia
casi palpable
como el vaho de las ropas al secarse.
...La nieve proseguía silenciosa
bendiciendo la tierra del secano
y un murmullo de risas infantiles
jugaba a no tomar la vida en serio.

XXV

LA MATANZA

Aún tengo malherida el alma y rota
por su chillido aterrador y fiero.
Aquel salvaje rito
inexplicablemente celebrado
aún me hiela la bruma del recuerdo.
La ventana a unos palmos de la tierra
y mi nariz pegada a los cristales
y el vaho de mi aliento condensado
y un borbotón de lágrimas cayendo.
El matarife, el garfio y un enorme cuchillo
y un manantial de sangre
llenando la cazuela.
Y el río de la vida consumido
en un feroz instante incomprensible.
Y luego una alegría desbordada
y un trajín de quehaceres y de prisas
y al final su figura suspendida
colgando de una viga, yerto y blanco.

Yo tocaba su piel helada y suave
su gigantesca mole silenciosa

que tan solo horas antes me seguía
gruñendo cariñoso hasta la alfalfa.
Ya era un objeto más como la mesa,
como el pan o los troncos de la lumbre,
solo un objeto frío y comestible,
vivo para morir,
muerto sin nombre,
pero muerto en mi casa y por mi gente
muerto sin que pudiera defenderle...

¿De qué le sirve a un niño nacer puro,
con alma de cristal y el sentimiento
rebotante de amor y de ternura?
¿De qué le sirve amar y ser amado
como si en torno a él el aire fuera
trasparente y azul como su risa?
En tan sólo diez años
el cristal de su alma se ha rayado
o se ha roto,
y es tan opaco que difícilmente
puede vivir sin el dolor constante
de ver a cada paso
la inexplicada sombra de la muerte
ocultando la luz de su horizonte
abierto eternamente a la esperanza.

XXVI

LA CAMILLA

El comedor enorme
y junto a la ventana
el confortable altar de la camilla.

El blanco cobertor entretejido
de vainica, bolillos y paciencia
cubría su redonda simetría.

Y en el centro el velón de cuatro brazos
lucero de la noche larga y fría.

Y el brasero en los pies
con ascuas de picón hecho en la sierra
de leña clandestina.

Pero aquel brasero olía a monte
y a jaras y a tomillos
y a calor entrañable y a palabras de aliento
y a descanso del día.

La camilla redonda era el círculo mágico
para mirar de frente
el sereno vivir de la familia
y confortar el duro transcurrir del invierno

y leer a luz de la oscilante llama
aquellos gruesos tomos de Salgari
o garrapatear primeros versos
o jugar al parchís medio dormido
con aquellos adultos casi niños.
Tenía la camilla algo de madre
que espantaba los miedos de la noche
al reanimar las ascuas mortecinas
con la eficaz paleta siempre rota.
Era una mesa grande la camilla
y siempre se cabía haciendo corro.
Y el foro comenzaba tras el postre
haciéndose tertulia de altas horas.
No había televisión ni por supuesto radio
sólo experiencia y libros y recuerdos
y amor y convivencia y armonía.
La cátedra de aquella sobremesa
nunca la oí después en otras aulas.
Tal vez para aprender era preciso
aquel redondo altar y un alma niña.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	9
I. EL CAMINO	15
II. LOS NIÑOS	17
III. EL ÁRBOL SECO	19
IV. LA HUERTA	21
V. LAS VIÑAS	23
VI. LA TORRE DE LA IGLESIA	25
VII. LA NORIA	27
VIII. EL ARENAL	29
IX. LA MADRUGADA	31
X. LA SIEGA	33
XI. LA ERA	35
XII. EL ACIRATE	37
XIII. LA SIESTA	39
XIV. LA BODEGA	41
XV. LA CÁMARA	43
XVI. EL CORRAL	45
XVII. EL REBAÑO	47
XVIII. LA TERTULIA	49

XIX. LA TORMENTA	51
XX. EL AVIÓN CORREO	53
XXI. LOS GUARDIAS	55
XXII. EL FRÍO	57
XXIII. LA CAZA	59
XXIV. LA NIEVE	61
XXV. LA MATANZA	63
XXVI. LA CAMILLA	65

Gonzalo Payo es de Toledo. Junto a esta ciudad nació, en ella ha ejercido su profesión, aquí vive con su familia. Desde Toledo difundió su obra científica; también por Toledo ha ejercido como político. En Toledo ha querido que se difundiesen sus ensayos, discursos y artículos de opinión en la prensa local, tras adquirir forma de libros. Y también en su ciudad ha venido difundiendo sus expresiones artísticas: la pintura, que sólo aquí ha expuesto, y sus trabajos de creación. Con éste, son ya cinco los libros de poesía publicados por Gonzalo Payo; el primero fue *Ensueños...*, obra de juventud editada en 1952, le siguieron *Debajo del silencio*, en 1978, *Al caer la tarde*, en 1993, y *Paisaje interior*, editada en 1996.



DIPUTACION DE
T O L E D O